

Recepción y ritual positivista franco-brasileño de un icono femenino mexicano

Ricardo MELGAR BAO*

No es novedad decir que doña Marina, más conocida como “la Malinche”, ha sido y sigue siendo uno de los personajes más controvertidos de la historia de México, habiendo nutrido una frondosa producción bibliohemerográfica e iconográfica. Figura mítica, legendaria e histórica que ha gravitado en diversos imaginarios, confundiendo sus símbolos y sentidos.

Un nuevo ciclo vive la Malinche en el imaginario intelectual y de la población letrada. Durante los últimos ocho años se han generado nuevas lecturas históricas, narrativas y teatrales dentro y fuera de México; lo refrendan las siguientes publicaciones: La novela *Malinche* de Laura Esquivel,¹ la pieza teatral del mismo nombre de Víctor Hugo Rascón Banda,² el texto de Edward Rosset,³ el ensayo sobre la identidad de Juan Miralles,⁴ el de corte histórico *Malinche's Conquest* de la escritora australiana Anna Lanyon, la biografía de Luis Rutiaga⁵ y un escrito para divulgación de Tere de las Casas,⁶ entre otras. Durante estos últimos años la Malinche se ubica en el centro de un abanico de relecturas críticas, simbólicas, literarias.

Situaremos nosotros a la Malinche fuera de México y en otro siglo. Poco sabemos acerca del proceso de la recepción simbólica e ideológica de la Malinche entre mediados del siglo XIX y principios del XX. En tal dirección abriremos una restringida e interesante aproximación sobre la apropiación de doña Marina y de los discursos sobre lo femenino y la mujer en el imaginario positivista en dos ciudades lejanas entre sí, París y Río Janeiro. Augusto Comte (1798-1857), Luciano Biart (1829-1897) y Miguel Lemos (1854-1917) desempeñaron un papel de primer orden en la conducción de tal proceso.

Esta peculiar apropiación extranjera de tan singular figura femenina mexicana, en cierto sentido transgredió dos órdenes, el del poder y la identidad en tiempos del porfiriato. Por un lado, la actualizada Malinche de finales del novecientos comenzaba a distanciarse de la moda azteca del nacionalismo cultural, lo expresó su presunta filiación istmeña o tabasqueña, a veces cubana. Quizá por lo anterior, entre otras razones caras a la pedagogía cívica liberal,

* Doctor en estudios latinoamericanos por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Profesor de asignatura “A” de la UNAM, en el Colegio de Estudios Latinoamericanos. Investigador Titular “C”, tiempo completo, en el área de Antropología Social del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), Centro INAH-Morelos. Investigador Nacional Nivel II del Sistema Nacional de Investigadores, Conacyt.

¹ Laura Esquivel, *Malinche*. México, Suma de Letras, 2006.

² Víctor Hugo Rascón Banda, *La Malinche*, Son de teatro, México, Plaza y Janés, 2000.

³ Edward Rosset, *Malinche*, Narrativas históricas Edhasa, Barcelona, Edhasa, 2004.

⁴ Juan Miralles Ostos, *La Malinche, raíz de México*, México, Tusquets, 2004.

⁵ Luis Rutiaga, *Malintzin*, México, Grupo Ed. Tomo, 2004.

⁶ Tere de las Casas, *La Malinche*, Colección biografías para niños, México, Selector, 2004.

doña Marina, nuestra familiar Malinche, apareció cumpliendo un papel disidente a contrapelo de la exaltación literaria y escultórica de Cuauhtémoc y Cuitláhuac en la ciudad de México.

La resignificación positivista prefirió adscribir a doña Marina a un ámbito liminar amerindio ajeno a su territorio originario, es decir, situado en los lindes de la frontera lingüística y etnocultural, para exaltar sus virtudes femeninas más universales.

El mirador francés: Augusto Comte

Particularizaremos nuestra lectura a partir del seguimiento de algunas marcas culturales en el itinerario biográfico de Auguste Comte, el fundador de la escuela positivista y para muchos de la sociología, así como de una obra señera dedicada a doña Marina, debida a la pluma de Luciano Biart, el viajero, escritor y naturalista francés.

En este acápite nos dedicaremos a presentar un cuadro de referencia puntual sobre Augusto Comte, entre la modelación de lo femenino y la aparición de su lectura sobre doña Marina. Nuestro pensador fue marcado por sus dos experiencias más significativas frente a las mujeres, a través de sus dos parejas y sus inesperadas crisis. Una y otra féminas en diferenciados momentos de la vida del sociólogo francés coadyuvaron en la configuración de una densa dicotomía que filtró sus representaciones de género y su vida. Y por si fuera poco, dado el papel protagónico de Comte en el seno del movimiento positivista, sus ideas celebratorias de lo femenino ideal impactaron en la construcción de su calendario ritual, aquel que rigió la vida ceremonial de los positivistas en las diversas ciudades del mundo donde lograron echar raíces.

Más oscuros y controversiales resultaron los vínculos del joven Comte con la tradición saintsimoniana, la cual había alimentado en París y en muchos escenarios europeos la idea de un liderazgo compartido entre el hombre y la mujer, entre el “Père” y la “Mère”. El primero, suponía la existencia de una figura solar y virtuosa emergida de los escenarios del saber y la moral popular de la Europa occidental que debía prepararse para ser ungida para una magna tarea regeneracionista en el mundo. La segunda refería la existencia de una mujer sabia y virtuosa que debía ser buscada y hallada por los mensajeros y viajeros saintsimonianos en los confines del Oriente. La conjunción de lo masculino occidental y lo femenino oriental en la pareja guía de la humanidad, daría inicio a una nueva era de hermandad, equidad, sabiduría. Huella de ello aparece en la obra señera de Flora Tristán (1803-1844), la conocida utopista franco-peruana.⁷

Sin lugar a dudas, al joven Comte le había tocado vivir una atmósfera ideológica donde estaban en revisión los papeles de la mujer y del hombre en los espacios públicos y privados; también sus respectivas representaciones y símbolos. No fue casual que nuestro intelectual fuese trazando paulatinamente sus propias coordenadas sobre lo femenino, sin renunciar a ciertos anclajes saintsimonianos.

El año de 1826 Comte, tras haber iniciado un exitoso ciclo de conferencias en París, tuvo que suspenderlas presa de un cuadro de locura que se prolongó durante un año. Su primera esposa, Carolina Massin, ejercía la prostitución; según unos, Comte quería redimirla, según

⁷ Flora Tristán, *Peregrinaciones de una paria*, Viajeros en el Perú, 1. ser, 1. Lima, Editorial Cultura Anártica, 1946.

otros, ella sostenía la economía del hogar o coadyuvaba sustantivamente en ella. El año 1828, Comte, coincidiendo con el reinicio de su curso, se divorció de su Carolina a la que llamó a partir de entonces “indigna”, temeroso de sus cómplices excesos. Las mujeres quedaban situadas en el pensamiento de Comte en una frontera maniquea: dignas e indignas. El pensador francés, además de vivir su dramática crisis de pareja, resintió el peso de otros eventos situados entre la trasgresión de la ley y la ruptura ideológica. Al mismo tiempo que nuestro personaje fue encarcelado por su tenaz oposición a ser enrolado en el ejército, rompió ideológicamente con el pensamiento liberal, deudor de la libertad de los espíritus. El Comte positivista se fue dibujando así como figura protagónica de una nueva corriente del pensamiento occidental posliberal.

En 1845 Comte conoció a Clotilde de Vaux, enamorándose de ella hasta su trágico deceso, un año más tarde. La imagen de Clotilde se convirtió en obsesión veneracional por parte de Comte e incidió en el curso de sus escritos y en su propia existencia. Los giros de vida y pensamiento no siempre fueron tan transparentes mirados desde las claves del género. En el sociólogo francés, todo indica que sí.

En 1852, Comte convirtió su filosofía en un sistema religioso. Instituyó un abigarrado santoral positivista, y una gama de “rituales científicos” propios de la denominada Religión de la Humanidad, y cumplidos en los llamados también templos del saber.

Por esos años Comte condenó al feminismo de su época, prefiriendo recrear el orden patriarcal para otorgarle un lugar contradictorio a la mujer en su visión reformista de la humanidad. En un plano más general y abstracto, la concepción comtiana de la religión positivista y su armónica coalición de factores dota a las claves del género de cierta relevancia. En el pensamiento de nuestro autor, las leyes de la inteligencia aparecieron vinculadas a su visión de la masculinidad, las de la física al llamado “sexo activo”, las de la moral al sacerdocio y las afectivas al reino de lo femenino. Sostenía que el hombre piensa y resuelve lo que la mujer le inspira sentimentalmente. Razón y corazón guardan una estrecha y armónica unidad. Consideraba que en el juego de equilibrios sociales, el sacerdote y la mujer asumían respectivamente las condiciones de “elementos esenciales del verdadero poder moderador, a la vez doméstico y cívico”.⁸

Durante el proceso de construcción del santoral positivista en el cual tuvo lugar privilegiado nuestro pensador, apareció flanqueado, entre otros santos, por dos selectas figuras femeninas como Juana de Arco y la Malinche, símbolos de esa oposición binaria que también atravesó a sus amores terrenales, es decir, los conferidos en sus respectivos tiempos a su puta/esposa y a su esposa/venerada. Los rostros de la dignidad femenina se fueron ensanchando al ritmo de la construcción ritual.

Esta escisión en el pensamiento y la vida de Comte tiene muchos espejos y, a veces, queda restaurada sutilmente gracias al erotismo. La correspondencia de Comte con Clotilde de Vaux, a lo largo del “año sin igual” (1845), le hará decir a Alain, uno de los primeros estudiosos de su vida y obra: “¡Pero si estamos leyendo *Les nuits* de Musset!”⁹ lo cual no es poca cosa en

⁸ De Catecismo Positivo, citado en: Ana C. Conde, “La religión de la Humanidad ¿Culminación del sistema positivo?”, p. 15. serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/conde36.pdf, consultado el 17/10/2007.

⁹ Jacques Muglioni, “Auguste Comte”, *Perspectivas: revista trimestral de educación comparada* (París) núm. 1, UNESCO, marzo de 1996, p. 225; Véase también: Alain, *Sentiments, passions et signes*, capítulo XLVIII; *Idées [Ideas]*, París, Paul Hermann, 1939.

materia erótica. El deseo y la veneración no están reñidos. La frondosa correspondencia de Comte puede decir mucho al respecto de sus objetos de deseo y en particular acerca de sus representaciones sobre las mujeres y lo femenino.¹⁰

Fue el mismísimo Comte quien al incorporar a doña Marina en su calendario histórico le otorgó una inusual y sorprendente carta de legitimidad en la expandida legión de los seguidores de la Religión de la Humanidad. Si el santoral católico tenía siete marinas santas, entre vírgenes y esposas mártires dispersas entre Europa y el África, el santoral positivista sólo tendría una, nuestra Malinche.

Las razones de Auguste Comte para elevar a la Marina mesoamericana a la condición de mujer venerada, nos revelan los inconfundibles trazos de una visión occidental de tintes paternalistas hacia los indígenas mexicanos y, por extensión, del continente. El 26 de julio de 1855, el fundador del positivismo le dirigió a su amigo Edger una carta en que le decía: “La ampliación que acabo de hacer, para la séptima edición del Calendario Positivista, de la admirable india Marina, como adjunta de Juana de Arco, deberá fortalecer, en tiempo oportuno, gérmenes de adhesión en la infeliz raza mexicana, al sentir que se ocupan de ella en París”.¹¹

Fecundo juicio comtiano sobre la Malinche, el cual abriría muchas entradas a pocos años de que se produjese la invasión francesa a México. La centralidad que tuvo la ciudad de París en la construcción de los nuevos iconos y cultos positivistas se dio como un hecho. Desde allí se recuperó comtianamente la imagen de la Malinche como doña Marina, signada por su ostensible indianidad mexicana a la cual había que tenderle un simbólico gesto de condescendencia civilizatoria. Ver a la Malinche en el santoral positivista sembraría, ni más ni menos, los buenos “gérmenes” de adhesión en la “infeliz raza mexicana”. La lógica de la contaminación ideal propuesta por Comte para la raza mexicana corría paralela al auge decimonónico de las concepciones y programas higienistas para abatir los malos agentes patógenos que reinaban sobre los cuerpos, objetos, lugares, aguas y aires. El llamado “despotismo sanitario” estaba a la alza.

Marina y Juana de Arco proyectaron en sus límites, unidad y jerarquía, las tensiones de lo femenino representado en el imaginario positivista. Fue así como Marina llenó un vacío de género y lugar cultural en el proyecto ecuménico del positivismo mundial. En lo general, las mujeres en el imaginario positivista oscilaron entre el reconocimiento a las que destacaron en alguna disciplina científica y las que de manera invisible y silenciosa coadyuvaban en favor del brillo de los grandes e ilustres varones del positivismo.

La presencia de las mujeres en el santoral positivista, reducidas en número frente a la hegemonía abrumadora de los santones positivistas, no haría más que reafirmar la dualidad de su representación, entre la excepcionalidad de sus cultivadas virtudes y logros intelectuales, y los dones innatos de sus bellos y solidarios sentimientos. En el pensamiento de Comte resultaba visible un anclaje biologicista que en la actualidad difícilmente podría ganar auditorio, así afirmaba que la inteligencia de la mujer se localizaba en su útero y que de allí derivaría su incapacidad para cuidar de la casa y pensar simultáneamente. La mujer positivista, atrapada en el falso dilema comtiano, al optar por uno u otro camino, se dislocaba de su lugar ideal. Así

¹⁰ *Correspondance générale* [Correspondencia general], 8 volúmenes, Archives positivistes, Mouton, 1973; París, Vrin, 1984.

¹¹ Citado por Miguel Lemos en Luciano Biart, *Marina uma pagina da historia do México*, Río de Janeiro, 1900, Apostolado Positivista do Brazil núm. 201, *infra*, p. 50.

las cosas, la educación positivista que pretendía armar un nuevo orden para la mujer, en realidad les ofrecía, matices más, variantes menos, más de lo mismo. Sin embargo, la apropiación femenina del discurso positivista en América Latina trajo inéditas alternativas de equidad de género en materia educativa.

La Marina de Luciano Biart

Luciano Biart, después de una prolongada estancia y recorrido por tierras mexicanas durante los años de 1847 a 1867, rescató la imagen seductora de doña Marina a través de las páginas de la *Revue Deux Mondes*. Biart publicó muchos escritos sobre México: “Les mexicaines” (1853), “Benito Vázquez” (1869), “Les Azteques” (1885), por citar algunos;¹² pero el que escribió dedicado a doña Marina fue el que tuvo mayor eco, quizá por su eslabonamiento con la construcción del santoral positivista.

Años más tarde, F. Medeiros Germano, un “confrade” brasileño, se abocó a la traducción del francés al portugués del texto de Biart. Subrayó la parquedad de los cronistas sobre doña Marina, así como el silencio de Hernán Cortés en sus *Cartas de Relación...* La fuente principal en la que abrevó Biart acerca de doña Marina fue la obra magistral del cronista Bernal Díaz del Castillo.

Biart consideraba que Cortés, sin el apoyo de Marina como concedora e intérprete del maya y del nahua, hubiese caminado a tientos, como “ciego” en la empresa de la conquista. ¿Por qué Biart comparó la ausencia de una lengua con la pérdida de la visión? La imagen metafórica no es gratuita, nos revela el fuerte eslabonamiento de sentido entre la tradición letrada y la vista. Sin el dominio de la lectura y del arte especializado de la traducción, no es posible ver al otro, “mirar” la otredad en sus fortalezas y debilidades, máxime cuando se trata de narrar los inicios de un proceso colonial propio del siglo XVI. Biart destacó que Marina experimentó varios órdenes sociopolíticos y culturales, de “princesa” pasó a esclava y luego a compañera y consejera de Hernán Cortés.

Biart inventó un disloque civilizatorio mesoamericano, entre los mayas y los aztecas, a favor de los primeros. El asunto tenía que ver con las prácticas sacrificiales humanas de los aztecas, repudiadas por los mayas tabasqueños y por la propia Marina. La adhesión al cristianismo de la istmeña, en la versión de Biart, la convirtió en una exitosa propagandista de cierta idea milenarista acerca del advenimiento de los nuevos tiempos que darían fin a los sacrificios humanos. El presunto rechazo de Marina a toda forma de crueldad social, le permitió a Biart convertirla en “joven heroína” de una deseable empresa civilizatoria y no en una “traidora” a su raza o a su pueblo, por otro lado, escindido y confrontado. Lemos, en una apostilla a la edición brasileña de la obra de Biart, disintió con él al comparar a Marina con Vallière, reclamando mayor proximidad modélica con las insignes figuras de Juana de Arco y la propia Eloísa.

El referente civilizatorio avanzado está personificado en la Marina de Biart, situado en el más crudo y “cruento cuadro de la Conquista de México”. Así los argumentos, Marina quedó

¹² Véase “Biart, Luciano”, en *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana* 8, Madrid, Espasa-Calpe, 1988, pp. 586-587.

ennoblecida, dignificada y humanizada distanciándose de los excesos de toda violencia colonial, asumiendo “los derechos siempre desconocidos en las horas de las luchas violentas, de la justicia y de la humanidad”.¹³

El biógrafo francés desplegó otras imágenes más caras al romanticismo que al positivismo, a fin de exaltar los referentes femeninos de doña Marina. Para tal fin, apeló a tres simbólicas claves: flor, ave, fuente.

[...] flor de corola resplandeciente de la que exhala grato perfume, ave de melodioso cantar y de brillante plumaje, “cristalina fuente, cuyas aguas murmuran y gimen”.¹⁴

Visibilidad brasileña e invisibilidad mexicana

La recepción positivista de la Malinche, veremos que trascendió al propio Comte, y reveló los caminos no siempre convergentes de las figuras incorporadas al santoral positivista. El camino brasileño fue más generoso con la Malinche que el seguido en México. Este contraste considerémoslo un hecho sorprendente al ser valorado desde nuestro mirador mexicano.

En el último cuarto del siglo XIX, en el Brasil muchas “meninas” integrantes de las colectividades positivistas de las ciudades de Río de Janeiro y de São Paulo, adoptaron el nombre de Marina como propio, según el decir del positivista Miguel Lemos. Una y otra vez, las hijas brasileñas de Augusto Comte mostraron su predilección por el nombre de Marina en las ceremonias de presentación celebradas en el principal Templo de la Humanidad de la Iglesia Positivista del Brasil, con sede en la Rua Benjamín Constant N° 30 en Río de Janeiro.¹⁵ Era la natural resultante de la buena y atractiva imagen de esta indígena mesoamericana. Las Marinas brasileñas se sintieron réplicas simbólicas de la Marina primordial, la istmeña mesoamericana fiel amante, traductora y aliada del conquistador Hernán Cortés.

Si el saber acerca de las lenguas no fue desdeñable para el mirador positivista decimonónico, Marina debió ser erigida como un valor-signo transoccidental. Pero no fueron estas las razones comtianas ni las de los positivistas latinoamericanos, sino su condición primaria de femenina lealtad. Miguel Lemos, el pensador positivista brasileño filiado entre los ortodoxos comtianos y vinculado al más selecto grupo positivista parisino, escribió una “Advertencia” al ensayo biográfico de Luciano Biart sobre la Malinche, allí nos traza su propia caracterización de doña Marina como uno “de los más sublimes ejemplos de la dedicación femenina”.¹⁶ Lemos consideraba la vida de Marina propia de una trama novelesca, en la que la anti-heroína en su entrega amorosa a Cortés se convirtió en objeto de la ambición de dominio del conquistador. Lo que hizo crecer la figura de Marina, al decir de Lemos, fue su capacidad de entrega y resignación a pesar del engaño de que fue objeto tanto por Cortés como por la religión inculcada por los sacerdotes católicos. Las palabras de Lemos se acrecientan si recordamos que no era un personaje menor dentro del positivismo internacional. En París Lemos había

¹³ Biart, *op. cit.*, p. 13.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 11-12.

¹⁵ Miguel Lemos, “Advertencia”, en Luciano Biart, *op. cit.*, p. 5.

¹⁶ *Idem*.

roto lanzas contra su maestro Laffite, acusándolo de traidor a los preceptos comtianos, y era muy bien visto en los círculos positivistas latinoamericanos.¹⁷

Si los centenares de Marinas brasileñas y de otros países donde caló la Religión de la Humanidad dislocaron el peso del estigma de la Malinche, ¿qué acontecía en los marcos de la intelectualidad positivista mexicana? La *Revista Positiva*, el principal vocero del positivismo nacional entre los años de 1900 y 1901, es decir, durante los dos primeros años de existencia, no hizo eco de esta lectura y recepción simbólica de doña Marina, aunque sí dio espacio para significar lo femenino, asunto que reseñaremos críticamente. La propia indianidad careció de simbólico soporte femenino, la estatuaría y la pedagogía cívica prefirieron con algunas tensiones a las figuras masculinas de Cuauhtémoc, Cuitláhuac, Moctezuma.

De otro lado, José Rodríguez M. condensaba la mirada positivista sobre lo femenino al sumarse al homenaje rendido el año de 1900 por la Academia de Ciencias de París a tres mujeres dedicadas a la ciencia: a madame Curie con el premio Gegner por sus logros y aportes a la química, el cual ya le había sido conferido en 1898; a la condesa de Lunden con el premio Da Gama Machado por sus estudios en zoología (alas de mariposas) y a mademoiselle Joteyko por sus investigaciones en fisiología experimental (fatiga muscular y nerviosa), el premio Montyon. José Rodríguez evocó que dicha academia había ya distinguido con un premio a madame Sofia Kovalewsky por sus estudios matemáticos.¹⁸ Así, las mujeres intelectuales más destacadas, ingresaron simbólicamente a las filas de la nobleza cultural de la academia patriarcal positivista.

La dedicación a la ciencia de estas destacadas mujeres del mundo académico aparecía en el imaginario de los positivistas como loable dada su excepcionalidad, por lo cual se les cedía un lugar simbólico. Sin embargo, el sentido fuerte de la construcción positivista de la imagen de la mujer reveló una inconfundible marca patriarcal. Uno de los pensadores positivistas más relevantes del continente, el chileno Juan Enrique Lagarrigue (1852-1927), sintetizó esta visión en un acápite de un extenso ensayo publicado en la *Revista Positiva* de México. La caracterización de la mujer realizada por Lagarrigue fue próxima a la que significaba a doña Marina. Leamos a Lagarrigue en sus propios términos: “La mujer es la fuente de la virtud. Su existencia se distingue por sus nobles afectos. Olvidándose a sí misma, vive para los demás, y halla en ello su mayor felicidad”.¹⁹

Así la lógica sobre el sentido de la mujer como entrega sacrificial en aras del bienestar patriarcal fue esencializada como una virtud de género. La mujer inventada por los positivistas justificó su subalternidad sentimental frente al varón pleno de razón.

La lectura de Juan Pablo Lagarrigue sobre la simbólica inserción de la mujer en la humanidad manifestaba, por un lado, su deslinde realista sobre la existencia social frente a las explicaciones trascendentalistas religiosas, y por el otro, proponía una peculiar axiología en que le otorgaba a la mujer una sensibilidad de primer rango:

¹⁷ El año de 1879, Miguel Lemos, al lado del positivista chileno Lagarrigue, juraron ante la tumba de Comte en París defender ardientemente su legado. Véase “Lemos, Miguel”, en *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana* 29, Madrid, Espasa-Calpe, 1988, p. 1565.

¹⁸ José Rodríguez, “Las mujeres y la Academia de Ciencias de París”, *Revista Positiva*, México, núm. 4, 1 de abril de 1901, pp. 144-148.

¹⁹ Juan Enrique Lagarrigue, “La Religión de la Humanidad”, *Revista Positiva*, México, núm. 19, 1 de julio de 1902, p. 295.

El positivismo al reconocer a la Humanidad como el único Ser supremo real, lo personifica en la mujer. Siendo el amor el atributo fundamental de ese Ser Supremo, nada más justo que esta personificación, pues la mujer encarna, por su bella índole, las tres facultades altruistas del alma, el apego, la veneración y la bondad, que han hecho posible la cooperación social a través de los siglos.²⁰

Una reflexión al cierre

La estetización y naturalización del cuerpo femenino y su segunda y tercera piel en clave positivista, apareció en contradicción con su moderna manera de concebir la historia de la humanidad. El cuerpo real objetivado deificó a la mujer, ubicándola en su lugar subalterno de reproductora natural de la cooperación social desde su sacralizado nicho familiar como esposa/madre. De otro lado, la mirada positivista evadió parcialmente la materialidad del cuerpo femenino salvo lo inventariado, clasificado y construido por el discurso médico e higienista que además pretendía normar tanto como la moda, la segunda piel femenina (indumentaria exterior e íntima). Signar al útero como depositario de la inteligencia femenina y de sus desajustes en los órdenes domésticos y públicos operó como una creencia, distanciada de las preocupaciones médicas e higienistas sobre el mismo. Agreguemos que la presunta virtud amorosa de la mujer, es decir, la piel del alma femenina en la añeja visión dicotómica del ser humano, “encarna” (*sic*) según el mirador positivista sus tres modos de ser altruista (apego, veneración y bondad).

En lo general, la lectura esencialista de la mujer propuesta por Comte, Biart, Lagarrigue y aun Lemos, reprodujo a trazos generales la línea de continuidad del pensamiento comtiano parisino y latinoamericano, matices e inflexiones aparte. Sin embargo, la presentación simbólica de doña Marina, debió abrir lecturas distintas, variadas, encontradas o convergentes. Las posibilidades de sentido del símbolo sólo las pueden dar sus interlocutores. ¿Qué dirían de la Marina primordial los padres y padrinos de las marinas bautizadas? ¿Y ellas mismas, con los años acaso dejaron huellas de su doble identidad? Las preguntas son una buena frontera para no ingresar al territorio minado de la historia conjetural, pero sí para dejar dibujadas algunas de sus posibilidades.

La historia social del positivismo tiene muchas entradas y salidas, muy pronto volveremos sobre ella, desde el exilio intelectual y político femenino en la América Latina novocentista, pero eso ameritará otra entrega.

²⁰ *Ibidem*, 295-296.